# Reencuentro con un viejo amigo

**LORENZO MARTÍNEZ CALVO**
**Presidente de la Asociación de Anticuarios de Madrid**

Ir a un lugar por caminos diferentes es viajar a sitios distintos, en particular cuando se camina solo y el diálogo mental se establece con otros paisajes.

Para ir a La Coruña, ciudad que visito con cierta frecuencia, suelo tomar el camino más corto: el que pasa por Astorga y Lugo; sin embargo, en esta ocasión he optado por uno más largo: el que transcurre a través de La Gudiña y Orense.

Además , entre estos dos lugares, existe un pequeño pueblo –Sta. María de Tera- cuya iglesia es la muestra más antigua del románico zamorano –comenzó a edificarse hacia el 1070–. En ella, que merece una visita, atrae particularmente una escultura de Santiago Peregrino, talla de gran expresividad, que tiene vínculos con San Isidoro, de León, y que está situada en una enjuta en el exterior, en el lado opuesto a la carretera general. La visita se puede aprovechar para ver un capitel que representa un alma que sube al cielo.

Siguiendo el viaje me detengo en el Museo Arqueológico de Orense, instalado en un edificio del Siglo XII, construido sobre solar romano, que es esencialmente el motivo de mi cambio de ruta. Se accede al Museo por un amplio patio o jardín donde se pueden admirar aras de altar, piedras de fecundidad, de orientación, de curaciones milagrosas o bien que marcan una presencia después de la muerte. Este conjunto con tan alto contenido mágico, artístico e histórico merecería un comentario exhaustivo; pero el objetivo final de la visita es encontrarme con una escultura en madera de nogal de gran valor emocional para mi. Representa ésta un caballero de la Orden de Malta de gran tamaño y en postura semiarrodillada, cuyo autor es Francisco de Moure, escultor del siglo XVII.

La sala donde se encuentra, en el primer piso, no suele estar muy concurrida pero en esta ocasión sí había bastante público, compuesto principalmente por unos escolares y su profesor que les explicaba la identidad y valor histórico-artístico de la obra (supongo yo). Preferí alejarme momentáneamente y volver más tarde, cuando nadie pudiera impedirme estar a solas con la talla y, así fue como pude contemplar a mi gusto la obra de este gran escultor gallego.

Cuando abandonaba la sala, me volví hacia la escultura e irreflexivamente palpé una parte de ella; no había advertido la presencia de un celador que, naturalmente, me reprendió indicándome un cartelito donde se indicaba la prohibición de tocar los objetos.

Al reiniciar el último tramo del viaje se fueron agolpando en mi cabeza diversos recuerdos relacionados con esta obra de arte. Esta talla la había comprado yo con mi hijo a un anticuario de la provincia de León, que él, a su vez, había adquirido en Galicia, pero su estado de conservación era tan ruinoso, que decidimos mantenerla en casa del anterior propietario para volver días después con mi restaurador y los medios más fiables para su traslado a Madrid.

Una vez en esta ciudad se instaló la escultura en una especie de UVI para someterla a un tratamiento de líquido consolidante por goteo-inyección. Y así, durante dos meses con visitas periódicas y frecuentes. Un segundo tratamiento de secado y aplicación de una cera virgen de preparación especial, dio el resultado que hoy puede apreciarse en el Museo de Orense.

Esta anécdota no busca un halago hacia mi persona, sino el reconocimiento de la labor que a través del tiempo han hecho los anticuarios. Sin la intervención de éstos, los museos serían mucho más pobres y muchas piezas que fueron salvadas cuando estaban a punto de perecer no serían hoy parte integrante del Patrimonio Histórico-Artístico.

Al final entré en La Coruña con lluvia, pero tratándose de esta ciudad, es una circunstancia sin importancia, porque esta ciudad gallega es bella y acogedora, incluso cuando se lava la cara.